



ESTEBAN DE LUCA

**La Secretaría de Estado en el Departamento de Gobierno
al vencedor de Maypo
Argentina**

CANTO

Hic uir, hic est, tibi quem promitti saepius audis.

Virgilio169

Allá en la cumbre de los altos Andes
sobre región de nieve sempiterna,
donde más brilla el luminoso Febo,
la América inocente colocada 5
domina al orbe; asiento majestuoso
le dan las cimas de elevados montes.
Hoy es su trono mole tan soberbia,
que servir pudo en el osado intento
de escalar el Olimpo a los Titanes; 10
trono que incontrastable simboliza
el que firme sus hijos le han alzado

sobre la base de justicia santa.
Allá del polvo vil y las cadenas,
en que la hizo gemir el crudo hispano, 15
la levantaron sus ilustres hijos
en las alas del Genio poderoso.
Hoy repartido en trenzas su cabello,
ornado el cuello de nevadas perlas,
puesto al hombro el carcaj de flechas lleno 20
de tersa y fina plata fabricadas,
el arco tachonado de diamantes,
los pies cubiertos con sandalias de oro,
hija del sol y de tesoros llena,
como virgen del mundo resplandece 25
sobre las tres matronas respetables,
la África, la Asia y la ilustrada Europa.
De un polo al otro a descubrir alcanza
la extensión toda de su vasto imperio;
no mira en tanto las cavernas hondas 30
de sus montañas, los inmensos bosques,
los torrentes y ríos caudalosos,
que atravesando fértiles llanuras,
corren a enriquecer el oceano;
un cuadro más grandioso y más terrible 35
su vista ocupa, el solio vacilante
del monarca español, que enfurecido
impele al mar las huestes sanguinosas
con que intenta oprimir el suelo indiano.
En sus semblantes retratados mira 40
todo el furor y rabia carnífera
de Pizarro y Cortés... ¡Ah!, que en su seno
hondamente gravadas permanecen
las atroces heridas, que inundaron
de sangre el trono de los dulces Incas, 45
de Moctezuma en México opulenta.
Por todas partes a sus dignos hijos
rompiendo mira el yugo del hispano;
el grito universal de la venganza
contra tres siglos de opresión indigna, 50
el ronco son del bélico instrumento,
el horrísono estruendo de las armas,
que los ecos dilatan y repiten,
en confuso rumor resonar hacen
la bóveda celeste, el patrio suelo 55
retumba todo: Libertad o muerte.
El fuego, el hierro, los paternos lares
arrasan, yerman... mas su vista fijan
los campos que ilustró con sus victorias
el hijo renombrado de la patria, 60
que en los duros trabajos de la guerra
las belicosas huestes ejercita

que habrán fama gloriosa de invencibles;
ve al héroe San Martín, ve a Chacabuco
donde muy más que invulnerable Aquiles 65
ató a su carro al español feroce.
No ha escarmentado su ambición insana,
y otra vez vuelve, y el visir de Lima
vengarse aún cree de la pasada afrenta.
Desde el alto dosel, que rojo dice 70
la sangre que inocente lo ha teñido,
reuniendo a los bárbaros sayones
que de Hesperia vinieron, les ordena
surcar en breve el piélago anchuroso,
y abrasar y destruir el altar santo 75
en que la dulce patria es adorada.

Del Pacífico mar la espalda oprimen
preñadas naos de armada soldadesca;
mas ¡oh, presagio! el indo sacerdote
ve entonces desde el seno de las aguas 80
levantarse a los cielos una nube,
de sanguíneo color y vasta mole;
al sol, que va marchando hacia el ocaso,
ella se opone cual barrera inmensa.
Pero agitando su diadema de oro, 85
él la entreabre, la rompe y desvanece,
y con radiante faz se precipita
en las salobres cristalinas ondas.
Consultado el oráculo declara
prodigio tal en pro de los indios. 90
Del rico Chile ya la playa abordan
entre salvas y vivas los iberos,
y el nombre invocan de su rey Fernando,
como el de un dios, idólatras feroces.
La griega mole en la funesta noche 95
que a sangre y fuego pereció el troyano,
no arroja de su vientre gente tanta,
como cada una de las fuertes naves
que transportó las huestes enemigas.
La voladora Fama anuncia luego 100
a San Martín, que crueles invasores
el suelo pisan que en unión juraron
defender los chilenos y argentinos.
La nueva hace saber a las legiones
del ejército patrio su caudillo. 105
«Los tiranos, les dice, ya se acercan,
veréis en breve más tremendo Marte,
mayor será la gloria, más laureles
en el campo de honor alcanzaremos».

Osorio avanza, el adalid famoso 110
en quien confía el opresor Pezuela;
marcha veloz hasta avistar osado
el ejército unido de la patria;
el Maule pasa, y su altivez se aumenta.
¡Infundada soberbia! ¡Vano orgullo! 115
Sus corrientes no son cual las del Janto,
que rebosando el anchuroso cauce,
furiosas detuvieron a los griegos,
cuando iban a sitiar la antigua Troya.
No de muy lejos los patriotas miran 120
cubrir el cielo nube polvorosa
que levantan las huestes del contrario;
ya escuchan el rumor de los clarines
con que a explorar se avanzan los jinetes.
ya San Martín sobre el bridón fogoso 125
discurre proclamando a los soldados
del ejército patrio, y de su pecho
llevador de trabajos, comunica
el fuego generoso que en él arde;
ya la jornada militar ordena 130
en que al contrario observa, y lo fatiga
con amagos marciales repetidos.
Los pacíficos dioses, que presiden
a los valles y fértiles comarcas
del abundoso Chile, se refugian 135
al libre Arauco, al oír que fiero ruge
herido el león soberbio de Castilla.
El ejército unido y el contrario
sobre Talca se ven al tiempo mismo
que el sol va a sepultarse en occidente. 140
Sucede el negro imperio de la noche;
cubre toda la tierra; y el caudillo
vigilante y activo varios planes
medita en su alta mente; el jefe hispano,
que las fuerzas conoce de la patria, 145
y su arrojo y bravura, desconfía
de su poder furioso y agitado.
Como el redil acecha el tobo hambriento,
que en tempestuosa noche sed rabiosa
de sangre lo devora y se embravece; 150
así se halla el hispano, y en mil iras
se abrasa por destruir la indiana hueste.
La luna con su giro silencioso
la noche acompañaba, iluminando
con su argentada llama a los mortales: 155
ningún signo fatal, ningún agüero

pudo anunciar el mal que preparaba
la astucia del ibero a nuestras fuerzas.
A Hécate invoca y a los dioses todos
que en las nocturnas sombras dan auxilio 160
al mortal despechado; bruscamente
el patrio campo ataca; al arma, al arma,
prorrumpen los soldados, y a batirse
y a defenderse corren; mas es vano
su impertérrito brío; se confunden 165
el amigo y contrario, y retirarse
a las aliadas tropas es forzoso.

El bravo San Martín a mil peligros
se arroja reuniendo a los soldados,
que se dispersan por distintas rutas. 170
Como cuando el leopardo se ve herido
por la turba de diestros cazadores,
las iras reconcentra, y poderoso
por los venablos rompe, y se abre paso;
no de otra suerte San Martín valiente 175
atropella las haces enemigas,
y del campo se aleja con los restos
que la adversa Fortuna ha perdonado.
Infatigable siempre, noches, días
lo ve el pueblo chileno cual invoca 180
el nombre de la patria, sus derechos,
y la gloria, y el brillo de sus armas;
a voces tau sagradas, que en sus labios
adquieren mayor fuerza, se reúne
el ejército aliado, y se rehace. 185
Del Maypo a las llanuras se dirige,
y arde en deseos de volver en llanto
y luto la soberbia del ibero,
que cual engreído Jerjes se aproxima;
como plagas fatales sus columnas 190
se mueven arrasando las campiñas,
hasta acercarse rápidas al campo
del ejército indiano; ya se avanzan,
ya amagan, se retiran; nuestro jefe
sobre él resuelto marcha... La sangrienta 195
batalla va a empezar: Caliope sacra,
inspírame propicia digno canto
con que pueda pintar heroicos hechos.

El horrísono bronce ya retruena,
y lejos lanza de una y otra parte 200
la muerte horrible; Marte sanguinoso
rechinar hace el carro de la guerra.
Al frente San Martín de sus legiones
da ejemplo de valor, y les ordena

un terrible silencio, que interrumpe 205
el estruendo tan solo de las armas.
Unidas marchan las indianas huestes
contra el hispano, que en horrendo fuego
inflamando sus líneas, las recibe;
mas el jefe ha ordenado, y nada puede 210
la carga detener con que se avanzan
a destrozarse las fuerzas enemigas.
El valor frío, la constancia asombra
de los patriotas; aún está encerrado
en su mosquete el rayo de la guerra, 215
aún no hacen uso del cortante acero,
a pesar de que muchos ya regaron
con su sangre la tierra, y muertos yacen.
Pero llegó el momento de venganza,
¡homicidas feroces! Como suelen 220
estrellarse las olas montañosas
del conturbado océano en los muros
de la soberbia Gades, derribando
grandes masas; así nuestros campeones,
entre el fuego y el humo acometiendo, 225
destrozan, talan, queman y derriban
cuanto al impulso fuerte se le opone
de la terrible aguda bayoneta.

De los infantes el sangriento choque
auxilian los jinetes, arrollando 230
las enemigas lanzas; corvo el sable
fulminan, rompen sólidas columnas,
que en contra forma la española gente.
Los duros callos del fogoso bruto
la tierra baten, pisan y destruyen 235
truncados cuerpos, miembros palpitantes.
La lid está dudosa, se enfurece
alecto entre millares de guerreros;
la ibérica falange se reúne,
y a cargar vuelve con más dura saña. 240
Aquí Balcarce, y Alvarado, y Heras,
y Quintana sus fuerzas desplegando,
la rechazan al fin, y ocupan fieros
regado en sangre el campo de batalla.
¡Cuánto la patria os debe, héroes invictos, 245
en tan duro conflicto! Mas aún resta
otro y otro combate en que la Parca
ve a torrentes la sangre derramarse.
El aire rompen con silbido horrendo
las balas del contrario, el suelo cubren 250
cual lluvia de granizo conducida
en las alas del austro embravecido.

En la diestra el acero fulminante,
domina San Martín a la campaña
cercado de peligros y de muerte; 255
dueño de la Fortuna y de sí mismo,
su espíritu guerrero nada turba;
los ataques dirige, manda estragos,
como otro Jove que a la densa nube
reventar hace en rayos formidables. 260
¡Gracias, oh, fiero Marte! ¡Dios terrible:
en tal matanza tu sangrienta mano
la vida respetó del gran caudillo.
Todos los jefes su valor concentran
para el extremo decisivo impulso 265
con que envuelven y baten y acuchillan
a los fieros hispanos, que a la fuga
se dan o rinden, los soberbios cuellos.
Por todas partes gritos de victoria
de la lid en el campo ya resuenan; 270
el clamor sube hasta el sagrado Olimpo,
y se alegran los seres inmortales
del triunfo de la patria más glorioso.

La Fama al punto por el aire vago
sus alas desplegando, a las naciones 275
vuela a anunciar la memorable hazaña
del fuerte San Martín. Sí, jefe invicto,
ni Leónidas al frente de los bravos
que a Termópilas lleva, ni Milcíades
al Persa altivo en Maratón venciendo, 280
tuvieron el valor, y genio ardiente
que te inflamaba en la tremenda lucha.
Con tu égida has cubierto poderosa
la patria libertad; tú en adelante
serás llamado Aníbal argentino 285
que enseñaste la senda que conduce
de la inmortalidad al templo augusto:
en columnas de bronce, allá grabados
los nombres se leerán de los guerreros
que supiste llevar a la victoria 290
en los llanos del Maypo; siempre eterna
será en el continente colombiano
se San Martín la gloria esclarecida.

Y vosotras, oh, sombras inmortales,
que el fuerte heroico aliento habéis rendido 295
en el sangriento choque, más gloriosas
vais a vivir en los Elíseos campos
entre los libres de la antigua Atenas:

mirad de allá que del ejemplo vuestro
mil y mil combatientes han nacido, 300
que libertar la patria firmes juran,
o guerreando en sus ruinas sepultarse.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

